

El secreto de Trevor

Por

Rita Black

CAPÍTULO 1

Recortadas contra el inmenso telón negro del cielo salpicado de puntos brillantes, las siluetas de Robert y Clark parecían dos sombras casi irreales mientras apilaban paja en la camioneta para llevarla al granero.

Trevor los observaba desde el vano de la puerta de la cocina, semioculto por la misma puerta; sus grandes ojos no perdían uno solo de sus movimientos. En lo profundo de la noche los únicos sonidos que escuchaba eran el canto de los grillos y su respiración acompasada.

Robert, su padre, y su tío Clark, parecían muy concentrados en su labor; ninguno decía una sola palabra, solo tomaban la paja con el rastrillo y la subían a la caja de la camioneta.

El chico tenía la mirada clavada en ellos, apenas si parpadeaba, mientras seguía con lujo de detalle sus monótonos movimientos. Todo parecía normal, nada en aquella escena hubiera evocado la sospecha de algo turbio, pero el muchacho no pudo evitar que en la seriedad de su semblante se reflejara una nota de miedo...

Un grito ahogado salió de su garganta al sentir de forma repentina el peso de una mano en su hombro.

Dany empezó a reír como loco al ver su reacción.

—¿Qué estás haciendo? —alcanzó a preguntarle entre carcajadas, al ver

su extraña postura.

—¡Eres un tonto! —exclamó Trevor, enojado.

Se volvió hacia el enorme patio, pero su padre y su tío ya habían subido a la camioneta y se dirigían al granero.

—¿Qué haces? —volvió a preguntar Dany, todavía riendo.

—Nada —respondió Trevor, poniéndose en pie y sacudiéndose la ropa.

Dany se marchó, satisfecho de haber molestado a su hermano, mientras este se volvió de nuevo hacia el patio semioscuro, donde solo se escuchaba el ruido de los grillos.

Una hora más tarde, estaba a punto de dormirse, pese a la alharaca que armaban Dany y Morgan, cuando su madre entró a la recámara. Mona sonrió al ver el escándalo que hacían sus dos hijos.

—Ya, chicos, ya, es hora de dormir— dijo, mientras acomodaba una manta y recogía algo de ropa del suelo.

—Pero, mamá...— protestó Morgan, más no pudo agregar nada, ante la severa mirada que le dirigió su madre.

—Pero, nada. Es hora de dormir. Recuerden que ayer y el lunes llegaron tarde a la escuela.

Dio un beso a Morgan y otro a Daniel, y luego se dirigió a Trevor, que solo miraba la escena con media cara cubierta por la manta.

Mona acomodó la manta aquí y allá y, finalmente, se acercó al rostro del niño.

—Buenas noches, Trevor.

El chico la miró a los ojos y demoró unos segundos en responder, con el rostro muy serio:

—Buenas noches, mamá.

—¡Por favor, Trevor, tienes que estar bromeando!

—No bromeo, Josh, podemos ir a mi casa para que veas el puntaje —

replicó, indignado por la incredulidad de su amigo.

—No puedo creer que hayas logrado 27,784 puntos en *Z Troopers* — insistió Joshua.

Sentía un poco de envidia, ya que sus padres se negaron a comprarle ese videojuego, uno de los más solicitados por todos los chicos desde el año anterior, hasta que mejorara sus calificaciones, lo que le parecía muy difícil de lograr. Era hábil con las cosas electrónicas, pero la escuela no le entusiasmaba.

—Pues lo conseguí, y puedo demostrártelo —el chico se puso de pie y tomó su mochila del suelo.

—¿Quieres que vayamos a tu casa ahora? —cuestionó Josh con incredulidad.

Trevor se detuvo en seco, bajó la vista al suelo y luego miró a su amigo. Suspiró, frustrado, y volvió a dejar la mochila.

—Tienes razón —se sentó de nuevo en el suelo. —No hay nadie en casa, excepto *ella*.

—¿Dónde están Dany, Morgan y Tina?

—Dany se quedará en casa de Will, Morgan tiene práctica y Tina está en la biblioteca, creo —respondió con aire triste.

Los dos chicos suspiraron.

—¿Tina vendrá por ti?

Trevor se encogió de hombros.

—Puedes quedarte aquí, si quieres.

—Gracias, pero debo ir a casa.

—Pero esperarás a Tina.

—¡Claro!

—Oye, en algún momento podrías quedarte a solas con ella, o con tu papá, o con ambos —no pretendía espantar a su amigo, pero debía enfrentar los hechos.

—No me animes, ¿quieres?

—¡Vamos! Lo que quiero decir es que... no podrás esquivarlos por

siempre. Tu mamá...

—¡Ella no es mi mamá! —exclamó Trevor.

—Ella le dijo a mi mamá que pasas demasiado tiempo aquí, le preguntó qué hacemos durante tantas horas.

Trevor lo miró, interrogante.

—¿De verdad le preguntó eso? ¿Qué dijo tu mamá?

Josh se encogió de hombros.

—Que jugamos videojuegos, leemos historietas, jugamos con mis figuras de acción...

El visitante echó un rápido vistazo a las repisas de la habitación: su amigo tenía una envidiable colección de las más recientes figuras de una famosa saga intergaláctica, así como de varios súper héroes; también había varias cajas llenas de cómics.

Ambos guardaron silencio durante un largo rato.

—Oye, ¿estás seguro de... de que es verdad lo que me dijiste?

—Por supuesto que estoy seguro, Josh —aseguró, molesto.

—Pero, ¿cómo lo sabes?

—¡Ya te lo dije!

—Sí, lo sé, pero ¿por qué tus hermanos, o Tina, no se han dado cuenta?

Trevor pareció reflexionar por unos segundos.

—No lo sé, Josh, no lo sé. Tal vez ellos no los han visto bien, o quizá, por ser más chico, aún puedo ver algunas cosas que... No lo sé.

—¿Has pensado que tal vez te estés volviendo loco?

No supo si Josh estaba bromeando.

—Yo sé lo que veo, Josh, te lo juro. Sus rostros... no son ellos, ¿entiendes? Usan máscaras— bajó la voz al mínimo mientras miraba a su amigo a los ojos con expresión asustada. —Es como un holograma, de los que salen en la televisión, como si una proyección cubriera sus verdaderos rostros, ¿entiendes?

—Pero...

—Lo sé, —admitió, desanimado —no tiene sentido, nadie más puede verlos. Pero yo sí, de alguna manera puedo ver a través de sus máscaras o como quieras llamarles.

—Y, además de tus padres y tu tío, ¿alguien más se ve así?

Trevor agachó la cabeza y guardó silencio por varios segundos.

—El comisario Randall, el oficial Brairwood, el señor Ward...

Un toque en la puerta los interrumpió, sobresaltándolos, y apareció la madre de Josh.

—Trevor, cariño, Tina vino por ti.

Los dos chicos se levantaron y luego Trevor recogió todas sus cosas.

—Te veré mañana en la escuela. Gracias, señora Fender —se despidió.

—Trevor, no has tocado tu comida —observó Mona al ver que Trevor jugueteaba distraídamente con su tenedor.

El chico se irguió en la silla.

—No tengo hambre.

—Yo creo que está enamorado —intervino Tina en tono burlón.

Dany y Morgan rieron ahogadamente.

—Claro, tonta —replicó Trevor. —Solo tengo doce años, ¿te enteras?

—Trevor, no insultes a tu hermana —intervino su padre.

—Ella empezó.

—Eres una niña, no soportas nada —alegó Tina.

—Déjame en paz, boba.

—Ya, basta los dos —interrumpió Mona.

—¿Puedo irme a la cama? —preguntó Trevor mirando a la mesa.

—Al menos bebe tu leche —dijo Mona, —luego puedes irte a la cama.

Trevor apuró el vaso de leche y se retiró con un escueto «buenas noches» sin mirar a nadie.

CAPÍTULO 2

—¡Corre, Josh, corre!

Los rizos negros de Trevor se agitaban rítmicamente al compás de su carrera; volvió la vista hacia atrás para asegurarse de que su amigo venía tras él, y pudo verlo corriendo con todas sus fuerzas, ligero como el viento a pesar de ser más robusto que él, para escapar del viejo señor Benson, un hombre huraño y gruñón al que la mayoría de los chicos del pueblo solían molestar.

Cuando creyeron estar lo suficientemente lejos del hombre se detuvieron, ambos con la respiración agitada y el rostro encendido.

Trevor sabía que debía estar en su casa desde hacía horas, pero en realidad no quería llegar ahí, y por ello buscaba cualquier excusa para demorarse lo más posible.

No es que se sintiera totalmente seguro en cualquier parte que no fuera su casa; Greenfield, el pequeño e insignificante pueblo en el que, hasta hacía unos días, había sido feliz, no era igual que antes; algo había cambiado en su atmósfera tranquila y relajada, en la jovialidad de sus habitantes, en el cobijo que siempre había sentido en sus calles conocidas.

Se entristeció cuando Josh le dijo que eran casi las cinco de la tarde; debía ir a su casa, o Mona esta vez sí lo castigaría.

Entró por la cocina, esperando no encontrar a nadie, pero ahí estaba ella, sentada, esperándolo.

—Trevor, ven aquí, tenemos que hablar.

Trevor se acercó, pero guardó una distancia prudente. Miró a Mona, pero su vista pasó en menos de un segundo de los ojos de la mujer a un punto indefinido entre su pecho y su cuello.

—Tu maestra me llamó hoy. Dice que has estado muy distraído últimamente y has bajado de calificaciones drásticamente. ¿Quieres decirme qué es lo que te está ocurriendo?

—No me ocurre nada —afirmó con toda la seguridad que pudo.

—Bueno, algo debe estar pasándote, tú siempre has sido muy dedicado. ¿Hay algo que esté molestándote?

—No, nada está molestándome —el chico trató de sonar lo más casual posible, y hasta se esforzó por sonreír.

— ¿Algún chico te ha estado molestando?

—No, ya te dije que no hay nada que me moleste.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Esta vez sí la miró a los ojos, pero solo por una décima de segundo. Se encogió de hombros como si la cuestión no tuviera importancia.

—Claro.

Mona lo estudió por un instante.

—¿Te esforzarás un poco más en la escuela?

—Sí, lo haré.

—Bien. Sube a lavarte para cenar. —Mona se puso en pie, pero detuvo de pronto la carrera que el chico había emprendido hacia las escaleras. —Por cierto, ¿en dónde has estado?

Trevor palideció por un breve instante, pero se controló.

—Estaba jugando con Josh.

Ella asintió y él continuó su camino mientras Mona lo observaba desaparecer por las escaleras.

Josh azotó la puerta de su casa tan pronto él y Trevor entraron. Ambos reían como locos y se doblaban por el dolor de estómago que eso les causaba.

—¡Chicos! ¿Qué es ese escándalo?— preguntó la madre de Josh, saliendo de la cocina al escucharlos.

Los niños se volvieron a mirarla. Trevor dejó de reír como por arte de magia y palideció mortalmente.

—Lo siento, mamá— respondió Josh, tratando de contenerse. —Es que

vimos a Roco, el perro del señor Dumbarr, perseguir como loco a Cliff Henderson. Fue tan gracioso. El idiota corrió como nunca en su vida...

—Josh, cuida tu boca, ya te he dicho que no debes insultar a las personas.

—Lo siento, mamá, pero Cliff realmente es un idio...

—Jovencito...

—Está bien, está bien.

Trevor observaba la escena sin decir una palabra. No le había quitado la vista de encima a la señora Fender desde que la vio aparecer desde la cocina y seguía terriblemente pálido.

—Trevor, ¿te encuentras bien?— le preguntó la señora.

—Sí, sí, señora Fender— el chico pareció salir de un trance, —estoy bien. Es que corrimos como locos.

—Mamá, ¿Trevor puede quedarse a comer?— inquirió Josh.

La señora Fender iba a responder, pero Trevor se adelantó, tomando su mochila, que había dejado caer al suelo.

—En realidad, Josh, acabo de recordar que tengo que irme a casa, porque estoy atrasado con la tarea de ciencias, y mi mamá me advirtió que debo poner más atención a la escuela.

Josh hizo una mueca de decepción.

—Me parece muy bien que quieras recuperarte, Trevor, y sobre todo, que obedezcas a tu madre.

Él hizo una mueca a modo de sonrisa.

—Te veré mañana —se despidió de Josh, evitando deliberadamente ver a la mujer.

Josh, que conocía muy bien a su amigo, presintió que algo andaba mal.

—Mamá, olvidé decirle algo a Trevor, volveré en unos minutos, ¿de acuerdo?

La señora Fender asintió, recomendándole que volviera pronto.

—¡Trevor, Trevor! —gritó para que su amigo se detuviera, pues iba

caminando muy de prisa.

Trevor se volvió. En su rostro había una mezcla de impotencia y desesperación.

—Oye, dime, ¿qué pasa?

Trevor parecía dudar.

—Anda, dime qué ocurre —insistió Josh.

Trevor lo miró a los ojos y suspiró.

—Déjalo, Josh, no importa, son cosas mías, ¿de acuerdo?

—¿Cosas tuyas? ¡Vamos! Saliste corriendo de mi casa, y ya habías decidido quedarte a comer con nosotros. Vi tu rostro, algo te pasó. Dime qué es.

El chico lo miró durante varios segundos, estudiando sus opciones.

—Josh, —se decidió al fin, y continuó con voz apenas audible —tu madre es una de ellos.

Josh se lo quedó mirando como si no comprendiera lo que había dicho. Abrió la boca, pero no pudo decir nada.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que es una de ellos? —logró articular.

—Tú sabes lo que quiero decir. Tu madre es uno de *ellos* —su voz era un susurro.

—¡Pero hace unos días me dijiste que mi mamá no lucía como ellos, que era normal! —Josh estaba casi fuera de sí.

—¡Lo sé, lo sé! Pero ahora es una de ellos.

—Pero ella se ve como siempre, habla como siempre. ¡Es mi mamá, por favor!

—Sé que suena como siempre, y que *tú* la ves como siempre. Pero yo puedo ver más allá de esa... máscara —el tono en que dijo la última frase hizo estremecer a su amigo.

—¿Cómo luce? ¿Cuál es su apariencia? —cuestionó, asustado y molesto a partes iguales.

Trevor exhaló, frustrado.

—¡Que cómo luce, Trevor!

—No grites, no sabemos si alguien nos está escuchando —hizo una pausa para asegurarse de que no había nadie alrededor. —Tienen ojos grandes verdosos, con una franja oscura que parece parpadear; su nariz son solo dos hoyos pegados a la cara y su piel es como escamosa, de color verde grisáceo.

—¡Rayos! Eso suena... — Josh estaba haciendo un esfuerzo enorme para no gritar. —Suena increíble, ¿sabes? Es escalofriante.

—Lo sé. ¿Por qué crees que solo te lo he dicho a ti? Nadie más me creería.

—¡Rayos, rayos, rayos! —Josh se llevó ambas manos a su rubia cabeza y empezó a ir y venir en un espacio de metro y medio. —¿Qué hago, Trevor, qué haremos?

Trevor lo tomó por los hombros para atraer su atención.

—Escucha, lo que tienes que hacer es actuar con naturalidad. No le demuestres miedo, ni curiosidad y no te la quedes mirando por mucho tiempo, solo actúa como siempre. Después pensaremos en algo. Debo irme.

Josh permaneció todavía unos minutos en la acera, viendo cómo su amigo desaparecía de camino a su casa. No quería volver a la suya, no quería encontrarse con ese ser que, según su amigo, ya no era su madre, sino un extraño ente invasor.

Volvió, sin embargo, porque no le quedaba más remedio, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para seguir las indicaciones de su amigo y actuar como si no sucediera nada.

Por momentos se sentía ridículo, veía a su madre y pensaba que lo que Trevor le había dicho no podía ser cierto: él la veía como siempre, trabajadora y cariñosa y a veces un poco regañona. Pero era su madre... o eso quería creer.

Definitivamente, Trevor se estaba volviendo loco, tenía que ser eso: su amigo estaba perdiendo la razón.

A pesar de su recomendación, durante la cena observó detenidamente a Fran cuando ella no lo veía, mientras servía los platos, mientras iba a la cocina para traer todas las cosas que necesitaban. *Era su madre*, él la veía igual que siempre.

Por preocupado que estuviera, pudo conciliar el sueño cerca de la media noche. Soñó que unos seres extraños los echaban de su hogar y los perseguían mientras todo el pueblo estaba en llamas ante la invasión.

CAPÍTULO 3

La puerta del desván sonó fuertemente en el silencio de la habitación. Trevor no pensó que alguien lo buscaría ahí, y no respondió al llamado, hasta que escuchó la voz de Tina:

—Trevor, ¿estás aquí?

En realidad no tenía deseos de hablar con nadie, en las últimas semanas el desván se había convertido en su refugio secreto, aunque tal vez no lo era tanto, si su hermana había adivinado que podría encontrarlo ahí.

—Aquí —respondió con voz tristonada.

Su hermana abrió lentamente la puerta, que lanzó un rechinado quejumbroso.

—Así que aquí estás —dijo la chica, al verlo sentado en el suelo, a la luz que entraba por una pequeña ventana.

Él pareció seguir concentrado en la lectura de un cómic.

Tina se acercó y se sentó a su lado. Su hermana podía ser una verdadera molestia cuando se lo proponía, pero también era dulce y considerada cuando no estaba tratando de hacerlo sentir como un mocoso.

—Hemos estado buscándote —le dijo.

El chico solo se encogió de hombros. Después de unos segundos de silencio, Tina añadió:

—Mamá está preocupada por ti. Dice que has estado muy distraído últimamente y tus notas han bajado. La señorita Barrymore habló con mamá y papá, y les dijo que prácticamente no prestas atención a las clases —Tina esperó la reacción de Trevor, pero él permaneció impassible leyendo la historieta.

Supuso que tal vez estaba abordando el tema desde una perspectiva equivocada, y decidió emplear otra estrategia.

—Oye, dime, ¿hay algo que te esté perturbando? ¿Alguien en la escuela te está molestando?

—No —Trevor ni siquiera apartó la vista del cómic.

—Entonces, ¿qué es lo que te está pasando? ¿Acaso somos Dany, Morgan, o yo? Sé que a veces podemos ser unos verdaderos patanes, pero sabes que solo bromeamos, no te decimos las cosas en serio.

El chico volvió a encogerse de hombros.

—Vamos, Trevor, estoy tratando de ayudarte. Yo también estoy preocupada por ti.

Su hermano posó sobre ella sus ojos café oscuro por solo un segundo y luego volvió a su revista.

—No tienes por qué preocuparte.

—Yo creo que sí. No creas que no he notado que últimamente pasas mucho tiempo en casa de Josh, como si evitaras estar en casa; casi no comes, y pareces preocupado.

Trevor siguió impassible.

—Además, miras a mamá de una forma extraña, y a papá prácticamente

lo ignoras, lo evitas por completo. Anda, Trevor, dime qué es lo que te está pasando.

—¿Por qué dices eso?

—¿De qué hablas?

—De que miro a mamá de forma extraña, y de que ignoro a papá.

—Es muy obvio, Trevor.

—¿Ellos se han dado cuenta? ¿Ellos te lo dijeron? —ahora sí dirigió la vista a su hermana, a quien el tono alarmado de su hermano le pareció desconcertante.

—No. No, ellos no me dijeron nada, es probable que no se hayan dado cuenta, ambos están siempre muy ocupados, pero yo sí me he dado cuenta. Y no sé por qué te alarmas tanto por ello.

Él se volvió nuevamente a su revista con aire preocupado.

—Trevor, háblame, por favor. ¿Qué te sucede?

—Si te lo dijera, no me lo creerías —dijo al fin, después de una larga pausa.

—Pruébame —lo retó su hermana, mirándolo a los ojos igualmente seria.

—No, —replicó él volviendo la vista a otra parte —estoy seguro de que no me creerías.

—¿Por qué no lo intentas?

Trevor la miró nuevamente, pero demoró varios segundos en responder:

—Está bien. Veme en el granero abandonado del señor Hicks dentro de 15 minutos. Ahí te lo diré.

—¿Por qué no me lo dices aquí?

—Te lo diré en el granero del señor Hicks o en cualquier otra parte lejos de nuestra casa o de cualquier otra. Aquí no hablaré.

—Estás asustándome, Trevor —por un momento pensó que su hermano se soltaría a reír frenéticamente, admitiendo que le estaba jugando una broma, pero él la miraba como una esfinge. —Está bien, te veré allá.

Tina se volvió bruscamente al escuchar pasos sobre las hojas secas y suspiró aliviada al comprobar que se trataba de Trevor.

—Me asustaste —dijo, tratando de parecer molesta.

Se hallaban a las afueras del granero, y Tina pensó que el chico le diría que entraran, pero en lugar de ello se dirigió a la cerca y emprendió al camino hacia el bosque luego de indicar a su hermana que lo siguiera.

—¿Quieres saber qué es lo que me pasa? —se plantó frente a ella cuando llegó a un punto que consideró seguro. —Te lo diré, pero si te burlas, te juro que nunca en mi vida volveré a dirigirte la palabra, nunca jamás, ¿entiendes? Y tampoco puedes decirle a nadie lo que voy a decirte.

Tina sentía cómo la curiosidad la acuchillaba cada vez más; si sus sospechas eran ciertas y Trevor le confirmaba que estaba enamorado, ella tendría material de sobra para burlarse de él durante todo lo que restaba del año. Sabía que era mala con él por pensar así, pero... eso es lo que hacen los hermanos mayores, o al menos eso creía ella.

—Está bien, entiendo.

Trevor exhaló un profundo suspiro.

—Escucha, sé que lo que voy a decirte sonará loco, descabellado y ridículo, pero es la verdad, tienes que creerme, Tina.

—Bien, dímelo.

Varios segundos después, el muchacho por fin se decidió:

—¿Qué pensarías si te dijera que mamá no es mamá en realidad, y tampoco papá?

La expresión de la joven mudó de la expectación al desconcierto total.

—No entiendo, ¿a qué te refieres con que mamá no es mamá y papá no es papá?

—Esas «personas» que vemos todos los días en nuestra casa, no son en realidad mamá y papá, Tina.

—Entonces, ¿quiénes son?

Trevor se acercó hasta quedar a escasos centímetros del rostro de su hermana.

—No sé quiénes son, Tina, pero no son nuestros padres, tampoco el tío Clark es él mismo.

—Trevor, de verdad no entiendo qué es lo que quieres decir.

—No sé cómo, —empezó a explicar atropelladamente —pero puedo ver sus verdaderos rostros, Tina, y no son ellos realmente, usan máscaras, es como un holograma. Sus verdaderos rostros son horribles, como serpientes, o lagartos, no lo sé.

—Espera, Trevor, ¿te das cuenta de que lo que estás diciendo no tiene sentido?

—¿Lo ves? ¡Te dije que no me creerías!

—Trevor, no es que no te crea, es que lo que dices suena... Estás tomándome el pelo, ¿verdad?

—¡No sé para qué me molesté en decírtelo! ¿Sabes qué? Olvídalo —e hizo ademán de emprender el camino de regreso.

—Oye, por favor, no te pongas así —ella lo tomó por el brazo, deteniéndolo. —Trata de entender, lo que dices suena increíble. Pero si me lo explicas...

—Tina, te lo juro, ellos no son nuestros padres, son unos impostores, tal vez se los llevaron, o quizá invadieron sus cuerpos, y quieren hacernos creer que ellos son los verdaderos...

—Pero, ¿para qué, Trevor? ¿Con qué propósito?

—¡No lo sé! —el chico había empezado a llorar, desesperado. —No tengo idea, no los he escuchado hablar entre sí, cuando están solos únicamente se miran fijamente, pero te aseguro, Tina, que no son ellos. Tienes que creerme, ¡por favor!

Al verlo fuera de sí lo único que pudo hacer fue abrazarlo fuertemente. Había imaginado varias razones por las que su hermanito estuviera en ese estado de melancolía, pero jamás habría imaginado la verdadera causa. ¿Acaso su pequeño hermano estaba perdiendo la razón? No recordaba que hubiera antecedentes de locura en la familia, pero, ¿cómo saberlo? En ese momento, lo único que podía saber con certeza era que debía darle ánimos al muchacho y

no contradecirlo.

—Ya, Trevor, tranquilízate, te creo, te creo —le aseguró, preocupada, mientras trataba de calmarlo.

CAPÍTULO 4

Durante los siguientes días, Trevor trató de actuar lo más normal posible, se mostraba alegre ante sus hermanos y sus padres, pero Tina lo observaba cuando estaba solo, y se percataba de que él continuaba ensimismado.

Con Josh no había tocado el tema porque no quería preocupar más a su amigo, y solo en una ocasión hicieron alusión al asunto luego de que Joshua le asegurara que él no notaba cambio alguno en la conducta de su madre y mucho menos en su apariencia.

Pero también él notaba que Trevor no era el mismo de antes: casi no hablaba y tampoco participaba en clases como lo hacía anteriormente, y se limitaba a mirar fijamente a los maestros con un semblante serio que, a sus ojos, revelaba el terror de que también ellos se hubieran convertido en esos seres que Trevor describía como invasores.

Morgan y Dany también notaban estos cambios; a pesar de que casi siempre estaban molestándolo, también era grandes compañeros de diversión, especialmente tratándose de videojuegos.

—Oye, ¿qué crees que le está sucediendo a Trevor? —preguntó Morgan a Dany una tarde en que lo había retado a jugar y aquel se negó con desgana.

—No lo sé. —Dany se encogió de hombros. —Tina dice que está enamorado.

—No seas ridículo, —replicó Morgan, riendo —es apenas un chico, aún no le gustan las niñas.

—Pues entonces no sé qué es lo que pueda estar pasándole. Se pasa todo

el tiempo encerrado en la habitación, cuando no está quién sabe dónde, porque ya ni siquiera va a casa de Josh.

—Tina me dijo hace unos días que no lo molestáramos —Morgan parecía cada vez más intrigado.

—¿Tina hizo eso? Creo que eso es aún más extraño que el comportamiento de Trevor.

Ambos asintieron mirándose a los ojos, y continuaron absortos en el juego, olvidándose por completo de su hermano y sus misteriosos problemas.

Tina se sentó en la cama junto a Trevor, quien estaba muy concentrado en el último número de su cómic favorito.

—Oye, ¿cómo estás? —interrogó en tono amigable.

—Bien —respondió el chico encogiéndose de hombros.

—¿Estás seguro? El otro día me asustaste mucho, ¿sabes?

—Olvida lo que te dije el otro día, ¿quieres? —Trevor permaneció en la misma postura.

—¿Que lo olvide? ¿Por qué, Trevor? ¿Acaso estabas bromeando? Parecías muy asustado.

—Solo olvídalo, ¿sí?

Tina hubiera querido pensar que su hermano le había tomado el pelo, pero dijo lo último con tanta seriedad que reafirmó sus temores de que no estuviera bien.

—Trevor, escucha, quiero ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —afirmó, tajante, sin dejar de mirar su revista.

—Claro que sí. —Tina se revolvió en la cama para acomodarse mejor, y continuó hablando en tono confidencial. —Hablé con la señora Luwski...

—¿Hiciste qué?! —el rostro de Trevor se transfiguró en una mueca de espanto.

—¡Ey! No te pongas así. Solo hablé con la consejera...

Trevor se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que crees que nuestros padres no son nuestros padres —la chica titubeó. —No entré en detalles, solo le dije eso.

—¡No debiste hacer eso! Ahora sí estoy en serios problemas —agregó como para sí, mientras caminaba frenéticamente por la habitación, evidentemente consternado.

—Trevor, cálmate, por favor —Tina lo tomó por los hombros, tratando de tranquilizarlo.

—¿Que me calme? ¡Tina, has cometido un grave error!

—¿Por qué, Trevor? ¿De qué rayos estás hablando? Yo solo quiero ayudarte.

Trevor se zafó de las manos de su hermana y dio un paso atrás.

—Pues en lugar de ayudarme solo me has metido en un tremendo lío. — Al ver que la chica seguía sin comprender de qué estaba hablando, añadió en voz baja: —¡Ella es uno de *ellos*!

Tina se lo quedó mirando, todavía sin entender. Por fin, unos segundos después, pareció comprender.

—Trevor, tienes que hablar con alguien sobre esto. Te aseguro que la señora Luweski puede ayudarte.

—¡Me delataste, Tina, ahora vendrán a buscarme! La señora Luweski no puede ayudarme porque ella es parte de todo esto, ¡y ahora ellos saben que yo lo sé!

—Trevor, oye...

—¡Sabía que no me creerías!— exclamó Trevor. —Nadie me cree, nadie puede creerme porque solo yo los veo. Y ahora ellos lo saben.

Tina se acercó para abrazarlo.

—Trevor, no hay *ellos*, todo esto es producto de tu imaginación. Has leído demasiados comics.

Quiso agregar algo para tranquilizar a su hermano, decirle que sus miedos infantiles le estaban jugando una mala pasada, pero Trevor lloraba

desesperadamente, y ella no supo qué más decir. Empezaba a sentir que la situación la estaba rebasando: quizá sería mejor hablar con sus padres.

CAPÍTULO 5

—Trevor —la señora Luweski, la consejera de la escuela, lo detuvo en el pasillo cuando se dirigía al gimnasio para la clase de educación física. — Quiero que vayas a mi oficina al término de las clases, ¿de acuerdo?

El chico se puso pálido a pesar del tono amable de la mujer, y asintió en silencio.

—Pasa, pasa, Trevor —le indicó la consejera cuando él se asomó tímidamente a su oficina.

Le pidió que se sentara frente a su escritorio y le ofreció un chocolate de una pequeña ánfora, mismo que el chico rehusó.

La señora Luweski se respaldó en su sillón giratorio y miró a Trevor con expresión amable.

—Trevor, tu hermana vino a verme hace unos días. Está preocupada por ti, ¿sabes por qué?

Él negó con la cabeza.

—Tina dice que tú le contaste que tus padres no son tus padres en realidad. Según tu hermana, tú le aseguraste que son impostores, que cubren sus rostros con una especie de máscara.

Trevor la miraba fijamente, inmóvil y muy serio. De pronto, estalló en una sonora carcajada.

La consejera lo miraba perpleja, jamás hubiera esperado esa reacción. El muchacho estuvo riendo como loco durante cerca de un minuto, hasta que por fin se tranquilizó.

—¿De verdad mi hermana le contó eso? —logró decir, limpiándose de los ojos las lágrimas que le había provocado el ataque de risa.

—Así es, ella está muy preocupada por ti.

Trevor volvió a reír, pero esta vez se calmó con mayor rapidez.

—Estaba tomándole el pelo —afirmó el chico, aun riendo.

La señora Luweski carraspeó y su rostro adoptó una expresión de gran seriedad.

—¿Cómo que estabas tomándole el pelo?

—Estaba bromeando —aseguró, ya más serio. —Tina siempre está molestándome, se aprovecha porque es mayor que yo, así que decidí darle una cucharada de su propia medicina.

—Pero tu hermana asegura que estabas realmente asustado cuando se lo dijiste, que incluso lloraste, y parecías muy desesperado.

—Tenía que ser convincente —replicó él, encogiéndose de hombros. —No me costó mucho trabajo hacer una pequeña escena. Si iba a burlarme de ella debía hacer una gran actuación.

—Pues vaya que lo lograste, porque Tina estaba en verdad muy preocupada cuando habló conmigo sobre esto. Ella pensó que tal vez tenías un problema mental.

—La que tiene un problema mental es ella, y mis hermanos también, siempre están molestándome. Esto fue solo una pequeña venganza. Y vaya que funcionó: los tres me han dejado en paz.

La señora Luweski sonrió.

—Entonces todo fue una historia para burlarte de tu hermana.

—Así es. No creerá que en verdad pienso que mis padres fueron reemplazados por seres extraños, ¿o sí?

La consejera no respondió a ello, lo miró por unos segundos, aparentemente satisfecha con sus respuestas.

—Está bien, Trevor, puedes irte. Pero ya no hagas bromas pesadas a tus hermanos ni a nadie más, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Al salir de la oficina de la consejera, Trevor se dirigió rápidamente a la salida de la escuela, y se sentó en los escalones para reponerse, pues las piernas le temblaban y su corazón latía agitadamente.

—Trevor, ¿estás bien? —la repentina aparición de Josh lo sobresaltó.

—Sí, estoy bien —dijo sin mirarlo.

—Supe que la señora Luweski te llamó a su oficina, ¿para qué quería verte? —inquirió al tiempo que se sentaba junto a su amigo.

—Vamos, te lo diré en el camino —dijo, poniéndose de pie.

—El chico lo sabe —afirmó la señora Luweski.

Todas las miradas estaban puestas en ella.

—¿Estás segura? —inquirió el comisario Randall.

—Sí. Su hermana, como ya les había informado, me pidió hablar con él, porque el niño le había dicho que sus padres son unos impostores. Hablé con él esta mañana. Dijo que solo quiso jugarle una broma a su hermana, pero sé que miente. *Él lo sabe.*

—Pero, ¿cómo podría saberlo? —cuestionó Mona.

—La muchacha dice que el chico le explicó que podía ver nuestros rostros por debajo de la «máscara».

—Eso no puede ser posible —afirmó Randall.

Reunidos en el gimnasio de la escuela, casi todos los adultos del pueblo rendían el informe diario de su misión.

—He estado observando muy de cerca al chico y a su amigo Joshua —intervino la señorita Barrymore. —Trevor le habló de nosotros, estoy segura.

—Joshua ha estado mirándome de forma extraña últimamente —

confirmó Fran Fender.

—Tendremos que tomar medidas. ¿Qué haremos? —preguntó Clark.

Todos se volvieron hacia el comisario.

—Debemos acelerar nuestros planes —sentenció.

Ni una sola boca se había movido, ni un solo sonido había sido emitido por alguno de ellos, pero se entendían, habían llegado a semejante acuerdo en total silencio, cobijados por la oscuridad de la noche.

Ignorante de la situación, el resto de los habitantes dormía plácidamente, excepto uno, que se removía inquieto en su cama, presa de perturbadores sueños que no podía externar.

CAPÍTULO 6

—Hace mucho que no vamos a pescar, ¿qué te parece si vamos el sábado, solos, tú y yo? —la propuesta de Robert tomó por sorpresa a Trevor.

Por un momento sintió que el viejo Robert, su verdadero padre, había regresado. Recordó cuando iban al lago ellos dos, junto con sus hermanos, y se morían de risa cuando solo lograban atrapar unas cuantas truchas.

Su padre no solía ser muy comunicativo, era más bien parco, pero cuando salían los cuatro a hacer «cosas de hombres», solía ser muy divertido. Era como si, al estar con sus hijos, fuera realmente él, y no el granjero acartonado y serio que aparentaba ser ante el resto de la gente.

Hasta hacía muy poco, siempre buscaba darse el tiempo para estar con Trevor, Dany y Morgan, pero últimamente casi no lo veían; cuando llegaba a casa comía casi sin decir una sola palabra, y luego se encerraba en su habitación y ya no salía hasta el día siguiente.

Robert miraba al chico con su expresión más afable, y el segundo estuvo a punto de dejarse convencer, pero un parpadeo y la visión con el rabillo del ojo lo devolvieron a su terrible realidad.

Ese individuo, ese ser, con esa extraña faz, no era su padre, era un ente ajeno, como lo eran Mona, Fran, la señorita Barrymore, el comisario, y tantos otros, cuyas oscuras intenciones no lograba descifrar.

—No creo que pueda este sábado, papá, tengo que estudiar para el examen del lunes.

«¡Uf!». Menos mal que había recordado el examen, era la mejor excusa que podría haber esgrimido para evitar estar a solas con Robert, quien se limitó a encogerse de hombros.

—Está bien. Iremos la próxima semana.

Un toque en la puerta distrajo a ambos. El muchacho corrió a abrir; era Joshua, cuyo rostro estaba rojo y sudoroso, y su respiración muy agitada.

—Oye, ¿jugaste carreras? —rió al ver el aspecto de su amigo.

—Tengo que decirte algo —apuntó aquel, todavía con el aliento entrecortado.

El recién llegado le hizo una señal con la cabeza para que salieran, y ya fuera, le indicó que se dirigieran al campo. Rápidamente llegaron a un lugar solitario en el que había un enorme tronco donde ambos solían sentarse a conversar, a planear lo que harían en sus vacaciones y en el futuro cercano, y a hacer conjeturas sobre sus posibles regalos de Navidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Trevor.

Su amigo tenía la mano en el pecho, como tratando de contener el desbocado latido de su corazón.

—Trevor, la vi.

El otro no entendía a quién se refería, ni tampoco el porqué del tono solemne de su amigo.

—¿A quién? ¿A quién viste?

—A ella, a mi madre, quiero decir, a la criatura que se hace pasar por mi madre —dejó ir atropelladamente.

Trevor vaciló entre la compasión, porque ahora su amigo compartiría el infierno que él había estado viviendo durante las últimas semanas, y el alivio, porque finalmente alguien lo comprendiera.

—¿Cómo fue que la viste? —su voz dejó traslucir algo de asombro porque, a pesar de estar convencido de lo que podía ver, varias veces había considerado la idea de estar volviéndose loco pero, sobre todo, porque había perdido la esperanza de que alguien más pudiera verlos como él lo hacía.

—Ella estaba en la cocina, lavando algo. Yo entré para beber un poco de jugo, y cuando cerré la puerta del refrigerador... la vi —los ojos del muchacho reflejaban un gran terror. —No sé si fue la luz, Trevor, o el ángulo desde el que la vi, o todo junto, no lo sé, pero ¡la vi! Es horrible, Trevor, su rostro es... ¿Qué vamos a hacer? Nadie va a creernos, nadie querrá ayudarnos.

Trevor lo tomó por los hombros para tratar de calmarlo.

—Escúchame, Josh, tenemos que conservar la calma.

Cuando el otro se hubo tranquilizado un poco, le explicó que ese día el comisario había ido a ver a su padre, pero el encuentro había sido de lo más extraño, porque no habían intercambiado una sola palabra, a pesar de que estuvieron mirándose fijamente durante un buen rato.

—Yo creo que se comunican por telepatía, Josh. De cualquier manera, pretendo observar a Robert para ver si hace algo aún más extraño. Debemos reunir evidencia. Que tu hermano Dennis te preste su cámara para tomarles fotos...

—¿Quieres que los sigamos? ¿Estás loco?

—No tenemos opción, Josh. Debemos hacer algo, tenemos que averiguar qué es lo que quieren. Tal vez hasta ahora solo han suplantado a los adultos, pero, ¿y si luego quieren hacerlo con todos? Además, tenemos que averiguar qué hicieron con nuestros padres, con los maestros, con el comisario.

Josh no estaba en absoluto convencido.

—Vamos a necesitar mucha ayuda.

Su amigo asintió en silencio. Ninguno percibió la silueta que los observaba desde cerca, encubierta por el grueso tronco de un árbol.

CAPÍTULO 7

—¡Tina, Tina!

La chica se volvió hacia la puerta de su habitación, donde estaba su madre, con gesto compungido y ambas manos sobre los oídos.

—¡Baja el volumen a tu música! ¡Me está volviendo loca! —Mona gritaba y gesticulaba al mismo tiempo.

Al ver a su madre en esa actitud, rayana en la histeria, Tina se apresuró a bajar el volumen de su aparato de sonido, de donde salían las estridentes notas del último hit de rock. Mona volvió a hacerle un gesto para que lo bajara aún más. La muchacha lo puso en el mínimo.

—Así está mejor —dijo Mona, aliviada, y se alejó por las escaleras.

La muchacha se dejó caer en la cama, evidentemente molesta, mientras tomaba la revista que había dejado ante la interrupción de su madre.

—¿Qué caso tiene tener tu propio equipo de sonido en tu propia habitación, si no puedes ponerlo al volumen que deseas? —murmuró, frustrada.

Trevor pasaba en ese momento frente a su puerta, y al escucharla hablando sola se detuvo.

—¿Por qué bajaste el volumen? Me agrada escuchar algo de ruido, últimamente todo está muy silencioso.

Tina pensó que su pequeño hermano tal vez ya se estaba convirtiendo en un adolescente.

—Porque a mamá le molesta el ruido —dijo, enfadada.

Trevor puso los ojos en blanco y siguió su camino.

Tina lo vio marcharse y se quedó unos segundos en su cama, pero luego decidió ir tras él. En la habitación de sus tres hermanos solo estaba Trevor. Entró sin llamar y cerró la puerta tras de sí.

—Trevor, hablé con la señora Luweski. Me dijo que puedo estar tranquila, que todo lo que me dijiste fue una broma.

Su hermano la miró, pero no dijo nada.

—No fue una broma, ¿verdad?

—Ya sé que no me crees, Tina, pero lo que te dije es cierto —ambos hablaban en tono confidencial. —Incluso Josh ya pudo verlos, él sabe que no miento.

Tina lo miraba muy seria, no sabía qué decir.

—Y ¿qué vamos a hacer? —inquirió, sin mucha convicción.

—Josh y yo los seguiremos y trataremos de averiguar qué es lo que están planeando.

—¿Seguirlos? ¿No crees que eso puede ser peligroso?

—Claro que es peligroso, pero tenemos que averiguar qué es lo que pretenden, antes de que sea demasiado tarde. —El muchacho hizo una pausa y miró profundamente a su hermana. —Tina, ya todos los adultos son como ellos, no queda ninguno que sea humano, y es probable que después sigan con los adolescentes y los niños. ¡Tenemos que hacer algo!

Tina estaba totalmente desconcertada, la lógica le impedía creer en las palabras de su hermano, pero él parecía tan convencido...

—Esta noche —prosiguió —vigilaré a Robert. Josh me dijo que hace unas noches sus padres salieron de su casa muy tarde, cuando él, Maggie y Dennis ya estaban dormidos, y volvieron después de la media noche. Él sospecha que tal vez se reunieron con los demás. Están planeando algo, Tina, lo sé, y tenemos que saber qué es.

—Pero, Trevor...

—Iremos Josh y yo. Si quieres acompañarnos, está bien. Si no, no nos estorbes.

Tina pensó que aun cuando no creyera en la historia de su hermano, tenía que vigilarlo si pretendía salir por la noche de su casa.

«Esto me costará una semana de castigo sin teléfono y sin salir con mis amigas» pensó.

Trevor estaba a punto de quedarse dormido, a pesar de toda su resistencia, cuando escuchó un ruido que lo alertó. Luego de que todos se

fueron a dormir, él bajó las escaleras y que quedó escondido detrás del mueble de la televisión, esperando algún movimiento sospechoso por parte de Mona o Robert, o ambos.

El chasquido de la puerta de la cocina fue lo que lo puso en alerta. Corrió con todo el sigilo que pudo y logró ver a sus supuestos padres encaminarse hacia la calle principal del pueblo. Los demás vecinos adultos los imitaban.

Ocultándose lo mejor que pudo se dirigió a la casa de Josh; este ya lo esperaba, escondido en el jardín. En la oscuridad, cada uno pudo percibir los ojos del otro, enormes y asustados.

—Vamos —murmuró Josh.

Iban a emprender la marcha cuando el repentino ruido de hojas secas justo junto a ellos les hizo contener la respiración. «Nos han descubierto» pensó Trevor.

—Yo iré con ustedes. —La voz de Tina les hizo volver el alma al cuerpo.

Los dos niños, en extremo aliviados, dejaron escapar el aire. Se disponían a dejar el jardín y emprender su labor de vigilancia, cuando el ruido de hojas secas nuevamente les detuvo el corazón.

—¿Qué hacen, chicos? —la voz dulce y alegre de Maggie, la hermana de Josh, los sorprendió.

—¿Qué haces aquí? —la riñó Joshua.

—Los vi por la ventana y pensé que están tramando algo, ¿no es así? Díganme, quiero participar —parecía muy entusiasmada, y su hermano puso los ojos en blanco, pues sabía que a la chica, aunque era dos años mayor, le gustaba mucho Trevor.

¡Qué ridícula! A él las chicas empezaban a causarle una extraña fascinación, mezcla de miedo y atracción, pero no entendía muy bien por qué.

El muchacho le explicó lo que estaba ocurriendo, a riesgo de que su hermana los tildara de locos, pero, tras el asombro y los cuestionamientos iniciales, la chica se dispuso a acompañarlos.

—¿Qué es lo que está pasando? ¿Por qué todos los adultos salieron a esta hora? ¿A dónde se dirigen? —preguntó Tina luego de que empezaron a seguirlos a todos a una distancia más que prudente.

—No lo sabemos, pero están tramando algo –apuntó Josh.

—Esto es demasiado extraño –murmuró la chica, con voz ronca.

—Te lo dije –señaló Trevor.

Poco después pudieron ver que todos entraban en la escuela. Se acercaron con cautela y buscaron un lugar desde el cual pudieran observar sin ser vistos. No tuvieron dificultades para averiguar que la misteriosa reunión se llevaría a cabo en el gimnasio. Se dirigieron a la parte trasera de la escuela, y entraron por la cocina, ya que la señora Hart, la cocinera, dejaba la puerta solo con una cadena, sin candado, para que Jonas, un viejo vagabundo inofensivo, entrara por algunas sobras.

Todos los adultos del pueblo estaban reunidos ahí; ninguno hablaba, solo miraban alternativamente a uno o a otro.

Tina se estremeció. Aquella escena le pareció escalofriante por una razón que no alcanzaba a comprender.

—¿Qué rayos está sucediendo? –murmuró en voz muy baja.

Ninguno de los niños contestó.

—Voy a acercarme –afirmó Trevor repentinamente.

—¿Qué? –exclamaron Tina y Josh al unísono, mientras Maggie permanecía en silencio, sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo a pesar de la explicación de su hermano.

—Trevor, no puedes acercarte, es peligroso, si te descubren no sabemos lo que podrían hacerte –trató de convencerlo su amigo.

Estaban ocultos detrás de la puerta que daba al pasillo principal, y para poder acercarse era preciso abrirla.

—Josh, esta es nuestra oportunidad para averiguar de una vez por todas qué es lo que están tramando –protestó.

—Sí, lo es, pero también es la oportunidad perfecta para que te atrapen. De cualquier manera no están hablando, no están diciendo nada –argumentó Joshua.

—Sí están hablando, ya te dije que se comunican mentalmente –replicó el otro.

Maggie los escuchaba desconcertada, pero no decía nada, se limitaba a jugar con una de sus rubias y largas trenzas y a mirar por la ventana, en silencio, al igual que los demás. No le importaba demasiado de qué se tratara todo aquello mientras pudiera estar cerca de Trevor.

Su amiga Sussie le decía que era ridículo que estuviera enamorada de un niño dos años más chico que ella, pero a Maggie no le importaba; le gustaban mucho los ojos oscuros y enormes de Trevor, y su cabello negro y rizado que combinaba muy bien con su piel trigueña. Además, era agradable y listo, alto para su edad, y le gustaba lo cohibido que se comportaba en su presencia.

Permanecieron donde estaban, prestando atención a aquel siniestro concilio, cuando escucharon junto a ellos el característico rechinado de pasos sobre el brillante piso de la escuela. El corazón de los tres se detuvo por un instante, y ya se imaginaban descubiertos y capturados, cuando vieron a Morgan y a Dany detrás de ellos, tratando de asomarse por las ventanillas de la puerta.

—Oigan, ¿qué pasa? ¿Qué están haciendo? —preguntó Dany en voz baja, pero evidentemente entusiasmado.

Aquello tenía toda la apariencia de una travesura muy divertida, y él y Morgan estaban dispuestos a participar. Cuando se percataron de que Trevor y Tina salían furtivamente de la casa, decidieron seguirlos.

—Shhhh. Cállense los dos —los instó Tina, enfadada.

—Nos han dado un susto de muerte —dijo Josh en voz muy baja, con una mano en el corazón.

—¿Qué hacen? —inquirió Morgan. —¿Por qué están todos los adultos reunidos aquí?

—¿Quieres callarte? —le dijo Trevor, furioso, pero en voz baja. —Te lo diremos cuando llegemos a casa. Ahora, los dos guarden silencio si no quieren que nos metamos en serios problemas.

Como si los hubiera escuchado, el señor Turner, el médico del pueblo y quien, hasta antes de todo aquello era quizá el hombre más respetado del lugar, volvió su mirada hacia la puerta.

Ante las palabras de su hermano, Dany y Morgan se miraron desconcertados, pero guardaron silencio e imitaron a los demás, que se habían agachado, evidentemente asustados, tratando de esquivar la mirada del doctor

Turner.

Pocos minutos después pareció disolverse la reunión y todos se dirigieron a la puerta. Los chicos corrieron hacia una de las aulas para refugiarse mientras los adultos salían.

Esperaron ahí durante unos pocos minutos que les parecieron eternos, hasta que no percibieron ningún ruido y supusieron que ya todos se habían marchado. La luz del aula estaba apagada y apenas entraba un débil rayo del alumbrado de la calle.

Trevor fue el primero en acercarse a la puerta, la abrió lentamente para cerciorarse de que ya no había nadie, cuando una figura se plantó frente a él, cerrándole el paso.

CAPÍTULO 8

El chico se quedó de piedra ante aquella silueta, al igual que sus acompañantes.

—Nos han descubierto —murmuró Josh, palideciendo.

La figura empujó suavemente a Trevor hacia dentro y se introdujo en el salón, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí.

—Aléjense de la ventana —ordenó en voz baja y serena.

Los chicos obedecieron, y con la poca luz que entraba por la ventana pudieron distinguir al doctor Turner.

—Estamos perdidos —volvió a hablar Josh con voz trémula.

Tina estaba pálida como el papel, Trevor miraba al recién llegado con ojos espantados, y Dany y Morgan no entendían nada. Maggie se limitaba a escuchar.

El señor Turner volvió a hacerles una señal para que guardaran silencio, mientras veía a través de la ventana cómo todos los demás se dirigían a sus casas en medio de la oscuridad y el canto de los grillos.

Cuando todos hubieron desaparecido, Turner se acercó a la puerta, la abrió y miró a ambos lados del pasillo. La escuela estaba sumida en un silencio total. Los chicos aguardaban.

—¿Qué más sabes acerca de todo esto, además de que somos extraños? —preguntó, dirigiéndose a Trevor.

El tono del hombre era neutral y hasta cierto punto le pareció benevolente, pero el chico temblaba por dentro.

—Es todo lo que sé —logró responder después de varios segundos.

—Ellos piensan que tú puedes ser un problema. La señora Luweski les confirmó que tú sabes de nosotros.

—¿Ellos? —Trevor estaba desconcertado, pues el señor Turner hablaba como si no fuera parte de los invasores.

—Sé lo que piensas. Yo soy uno de ellos, pero no soy como ellos. En nuestro mundo hay clases, o jerarquías, como ustedes quieran llamarlas. Yo

pertenezco a una jerarquía inferior.

—Oigan, ¿de qué rayos están hablando?— interrumpió Morgan, que no entendía absolutamente nada.

—Somos forasteros —el doctor Turner se volvió a él. —Esto es el comienzo de una invasión. Se ha planeado de forma sistemática; este poblado fue elegido por ser pequeño, es como una especie de prueba. Después seguirán con poblados más grandes, y luego con las ciudades. Se decidió empezar con los adultos, luego seguirán los jóvenes, y por último los niños. Se buscó hacerlo así para evitar cualquier contratiempo, aunque nunca esperaron que un niño nos descubriera —aclaró, mirando a Trevor.

—¿Son... extraterrestres? —preguntó aquel.

—Sí —respondió Turner con seguridad.

—Hey, hey, hey. ¿Quiere alguien explicarme de qué se trata todo esto? —exclamó Dany, que estaba empezando a asustarse.

—Estamos siendo invadidos por extraterrestres —afirmó Tina, y por su tono era evidente que estaba aterrorizada.

Dany y Morgan la miraron, incrédulos, y Turner los miró a ellos, con una mirada glacial que parecía no expresar nada, pero que a ellos les heló la sangre. Maggie guardaba silencio, pero escuchaba todo con mucha atención, y si antes le gustaba el amigo de su hermano, ahora le atraía mucho más al ver cómo enfrentaba a un ser que aseguraba ser extraterrestre.

—¿Por qué están haciendo esto? —volvió Trevor a la carga.

—Por dominio, pero también por sobrevivencia. Mi pueblo siempre ha gozado con someter a otros, pero en estos momentos se trata también de la continuidad de nuestra especie. Nuestro mundo ya no es suficiente para mantenernos ni contenernos, por lo que debemos buscar otros para establecernos y continuar con nuestra forma de vida.

—¿Qué han hecho con los adultos?— continuó Trevor, envalentonado por la actitud aparentemente pacífica del señor Turner, o quien quiera que fuera ese ente.

—Se encuentran en la nave nodriza, ocultos tras su satélite natural.

—¿Cómo es que no los ha detectado algún satélite, o algún telescopio? La agencia espacial debe ser capaz de percibir un objeto como ese —objetó

Tina, buscando una esperanza que no estaba ahí.

—Tenemos dispositivos que impiden que sus aparatos nos detecten. Estamos ahí, pero su tecnología no puede vernos. Somos invisibles, a menos que no queramos serlo.

—No entiendo lo que está ocurriendo aquí— volvió a intervenir Dany.

—¡Estamos siendo invadidos por extraterrestres, Dany! —repitió Tina.

—¿Qué? ¡Eso no puede ser posible! ¿Te das cuenta de lo ridícula que suenas al decir eso? ¡Todo esto es ridículo! Se trata de una broma, ¿verdad? — exclamó el chico, asustado y molesto, mientras Tina, que se había colocado tras él, intentaba tranquilizarlo poniendo sus manos sobre los hombros de su hermano.

El señor Turner lo miró, con la misma expresión seria y vacía con que había hablado anteriormente, pero no dijo nada. Trevor lo miró condescendentemente, pero tampoco le respondió.

—¿Por qué está diciéndonos todo esto? ¿Por qué no nos ha delatado? — Trevor tenía la impresión de que quien suplantaba al médico no tenía intenciones de llevarlos con los otros.

—En mi mundo, mi clase siempre ha sido sometida por los superiores a las tareas más bajas. Somos algo así como sirvientes, por no decir esclavos. Las labores más insignificantes, las más sucias, las que nadie quiere llevar a cabo, son realizadas por nosotros porque estamos obligados a ello.

«En las guerras con otras especies igualmente avanzadas, somos siempre quienes marchamos al frente: somos sacrificados. Estamos cansados de eso — por la frialdad con que lo dijo y la monotonía de su tono, sus palabras bien hubieran podido ser tomadas por un discurso académico.

Trevor comprendió que aquello, de algún modo, era una especie de insubordinación, y le preguntó si había otros como él.

—Somos 30. Los puestos clave, los de mayor jerarquía, los ocupan los superiores. Nosotros solo somos peones.

—¿Los dejarán que hagan esto? ¿Qué pasará con nosotros si nos llevan a su nave?

—En otros planetas, en muchos mundos —continuó el doctor, omitiendo la respuesta a la segunda pregunta —odian a mi raza por su insaciable afán de

dominio. Si hay una diferencia entre los superiores y los de mi clase, es que nosotros solo pretendemos vivir en paz, mientras que ellos viven para someter.

—¿Van a ayudarnos? –insistió Tina, ansiosa.

El ruido de pasos en el pasillo llevó su tensión al extremo. Turner les hizo una señal para que se ocultaran tras los casilleros, y se dirigió a la puerta. Estaba a un paso, cuando aquella se abrió de pronto: era el comisario.

—¿Qué haces aquí? –le preguntó en silencio.

Turner no se inmutó.

—Escuché un ruido y vine a revisar. Creo que solo era una rata.

El otro echó un vistazo, pero la oscuridad era profunda.

—Bien, vámonos.

CAPÍTULO 9

Después de dejar a Josh y a Maggie en su casa con todas las precauciones posibles, los chicos entraron en su casa con el mayor sigilo; sabían que, de hacer ruido, ese sería el fin, aunque el panorama no era muy alentador si no lo hicieran, de todos modos.

Todos se dirigieron a sus respectivas habitaciones.

—Hablaemos de esto en la mañana —anunció Tina, y los otros asintieron en silencio.

Trevor no pudo conciliar el sueño. Por la mañana, su rostro reflejaba el cansancio y la preocupación a que estaba sometido pensando en una solución a esa increíble. Sus hermanos, en cambio, aunque no aparecían tan fanfarrones como de costumbre, mostraban semblantes alegres y desayunaron con buen apetito.

Morgan pensaba que todo había sido solo una pesadilla, y Dany estaba convencido de que aquello era una broma de Tina y Trevor.

Sin embargo, ya en la escuela procuraron reunirse con ellos y con Josh en el centro del campo de futbol donde, supusieron, nadie podría escucharlos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dany.

—Podríamos llamar al Pentágono, al secretario de Defensa, y decirles lo que está pasando —opinó Morgan.

—¡Por favor, Morgan! No nos creerían, pensarían que es una broma de unos chicos que no tienen nada más que hacer — señaló Tina.

Cavilaron durante unos segundos.

—Creo que lo mejor será que visitemos al doctor Turner para que siga hablándonos de ellos, y de cómo podemos enfrentarlos —sugirió Trevor.

Acordaron que él fingiría un fuerte dolor de estómago al terminar las clases, y que Tina lo llevaría con el médico.

—Pasa chico, pasa —le dijo Turner cuando lo vio llegar a su consultorio, imitando las maneras del original para que la recepcionista, la señorita Chandler, no sospechara nada.

—Necesitamos que nos diga cómo podemos enfrentarlos— le dejó ir

Trevor a bocajarro, ya con la puerta cerrada, pero en voz muy baja.

El supuesto doctor los miró a ambos y durante varios segundos guardó silencio, observándolos.

—Tenemos muy pocas debilidades —dijo al fin.

—¿Cuáles? —inquirió la chica.

—Nuestro metabolismo se ralentiza notablemente cuando no nos exponemos lo suficiente a la luz solar.

—Eso no nos sirve de mucho —opinó Trevor. —No podemos hacer que el sol esté siempre oculto.

—Nuestro sistema auditivo es sumamente sensible —el sujeto hablaba sin emoción alguna.

Los dos hermanos recordaron cómo se había alterado Mona con la música de Tina. Sonrieron con aire cómplice.

—¿Qué tan sensible?

—Un sonido en extremo agudo o grave, a intensidad elevada, puede afectarnos notablemente, al grado de incapacitarnos. El dolor en nuestra cabeza y oídos es insoportable —explicó.

—Por eso el pueblo está tan silencioso últimamente —dijo la chica, como para sí misma.

Como si de una misma mente se tratara, una sola idea se estaba gestando en las cabezas de los hermanos.

Tina preguntó si se reunirían nuevamente todos en un mismo lugar, y Turner confirmó que todas las noches se veían en la escuela para rendir informes sobre el avance de la invasión.

—¿Cómo les fue? ¿Qué les dijo? —cuestionaron Dany y Morgan cuando Tina y Trevor los alcanzaron en la plaza.

Se sentaron en unas bancas y aquellos explicaron el resultado de la entrevista.

—¿Por qué no llamamos al ejército? Deberíamos avisar al Pentágono – opinó Dany, secundando la idea de Morgan.

—Por favor, Dany, nadie nos creería –replicó Trevor.

—¿Entonces vamos a enfrentarlos nosotros solos?

—No tenemos otra alternativa –sentenció su hermano menor.

Joshua y Maggie, que no los habían acompañado hasta entonces para no levantar sospechas, llegaron en ese momento, agitados.

—¿De qué nos perdimos? –preguntó la muchacha.

Les explicaron lo que ya habían dicho a los otros.

—Entonces, ¿qué haremos? –inquirió Josh.

Tina y Trevor se miraron uno al otro.

—Les ofreceremos una fiesta que nunca olvidarán –dijo el muchacho.

CAPÍTULO 10

—Tina, Tina, ¿puedo pasar? –Trevor pretendía ultimar los detalles de su plan esa misma tarde, y aún tenía que afinar algunos con su hermana.

Tina le dijo que entrara, y cuando la vio, sentada en su cama, aparentemente leyendo, se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres? –preguntó ella en el tono hostil que utilizaba con él hasta hace muy poco.

—Nada, –el chico se esforzaba por no titubear –solo quería saber si no dejé aquí mi pelota –mintió.

—Tu pelota no está aquí.

Sin decir una palabra más, salió de la habitación, cerró la puerta y se respaldó sobre ella, cerrando los ojos y respirando agitadamente. Se esforzó para no correr hacia su habitación.

Sus hermanos lo miraron, interrogantes, al entrar. Al ver su expresión, Morgan preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Tienen a Tina –alcanzó a decir con un hilo de voz.

—¡¿Qué?!

—Shhhh. No queremos que sepan que sabemos. Tenemos que proseguir con el plan.

Morgan empezó a caminar de un lado a otro de la habitación, mientras se ponía ambas manos sobre la cabeza y murmuraba incesantemente: «¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?»

Dany señaló lo evidente; ya se estaban llevando a los adolescentes, así que ellos tendrían que llevar a cabo el plan solos, y tendrían que darse prisa.

—¿Creen que *esta Tina* esté al tanto de nuestro plan? –les preguntó Trevor, temeroso.

Dany y Morgan coincidieron en que no era probable. Fueron a visitar a Josh para decirle que esa misma noche ejecutarían su arriesgado ataque.

El pueblo estaba sumido en un silencio total. El ritual de noches anteriores se repitió: los adultos y un gran número de jóvenes salieron de sus casas cuando ya los demás estaban aparentemente dormidos, y se dirigieron a la escuela.

Cuando se alejaron lo suficiente, Trevor, Dany y Morgan dejaron sus camas, en las que se habían metido con la ropa puesta para estar listos en cualquier momento.

—¿Llevas las cintas? —preguntó Trevor a Morgan antes de salir del cuarto.

El chico respondió afirmativamente.

—Bien. Yo iré por Josh y Maggie —a la mención de la chica sus dos hermanos se miraron maliciosamente. —Ustedes adelántense, nosotros los alcanzaremos en la escuela.

Trevor salió primero y se dirigió a la casa de su amigo, quien lo esperaba oculto en el jardín, como la vez anterior.

—¿Dónde está Maggie? —preguntó al no verla ahí.

—Dijo que nos alcanzará en la escuela —Josh se encogió de hombros con aire despectivo. —Cosas de chicas, tú sabes.

Trevor se encogió de hombros también, fingiendo comprender lo que aquello quería decir.

Aunque ya no había ningún adulto a la vista, salieron furtivamente, como ladrones.

Dos sombras se plantaron frente a ellos tan pronto salieron del jardín de los Fender, impidiéndoles el paso. Eran el alguacil Brairwood y la señorita Barrymore.

—Has estado causándonos muchos problemas —dijo el alguacil con voz monótona.

Antes de que los chicos pudieran gritar o emprender la huida, los dos seres levantaron una mano e hicieron un ademán extraño, como una especie de saludo, y los niños se quedaron plantados donde estaban, inmóviles, y sin

poder articular sonido alguno: sus cuerpos simplemente no les obedecían.

Con otro ademán sus cuerpos se elevaron y empezaron a flotar. A una tercera señal empezaron a moverse, siguiendo a Brairwood y Barrymore, quienes se dirigieron a la escuela. Josh y Trevor querían tocar el suelo y echar a correr, pero no podían; querían gritar, pero sus labios simplemente no se movían, y sus gargantas no emitían sonido alguno, por mucho que se esforzaban.

La impotencia se apoderó de ellos; y luego se sintieron morir de miedo. Seguramente los sustituirían por otros seres como esos impostores, y a ellos los llevarían a la nave nodriza. «Estamos perdidos» pensó cada uno, sintiendo que estaban cerca del fin.

—¿Por qué tardan tanto Trevor y Josh? —más que impaciente, Morgan sonaba asustado.

Dany lo miró, sin saber qué responderle. A pesar de que ambos eran mayores que Trevor, en ese momento sentían que su hermano era quien tenía toda la autoridad y conocimientos para guiarlos en esa peligrosa empresa. En los últimos días había crecido a sus ojos, había pasado de ser un pequeño asustadizo a un chico ingenioso y valiente. Además, Tina les había contado cómo su hermano menor había descubierto aquel terrible complot, y aunque no lo admitirían abiertamente, ambos lo admiraban por ello.

Al llegar siguieron las instrucciones de Trevor y entraron por la puerta trasera de la cocina; con todo el sigilo posible se dirigieron a la oficina del director y empezaron a estudiar el sistema de sonido con que el señor Gardiner hacía los anuncios para toda la escuela. No les fue difícil dominar los aspectos básicos, pusieron las cintas y se dedicaron a esperar.

—Ha llegado la hora —anunció el comisario Randall. —Mañana mismo terminaremos de sustituir a todos los habitantes del pueblo. Avisaremos a Nellium* para la siguiente fase.

—¿El chico Petersen ya está controlado? —preguntó la señora Luweski.

—Barrymore y Brairwood acaban de traerlo junto con Josh. Los dos están controlados —explicó Randall, y a pesar de la parquedad de sus gestos, todos pudieron percibir que estaba satisfecho.

No expresaban mucho, ni siquiera entre ellos, pero paladeaban ya el sabor de la victoria: muy pronto tendrían otro mundo sometido a su dominio.

La señorita Barrymore y el oficial Brairwood llegaron en ese momento con los dos muchachos detrás de ellos, flotando, con los ojos desorbitados y sin poder moverse. Si hubieran podido gritar, lo habrían hecho. Algunas lágrimas surcaban las mejillas de Josh, mientras que Trevor lucía mortalmente pálido, producto del terror que sentía.

«Van a salirse con la suya» pensó, enojado y triste. En ese momento pensó en su madre, en su padre, en la tía Gloria, que siempre lo consentía con pasteles y dulces, y a quien esos seres asquerosos y temibles habían transformado en una lagartija gigante y horrenda, y los extrañó como nunca antes. Quería llorar, pero a pesar de todo, no podía, su cuerpo estaba totalmente paralizado, no quería creer que ese era el fin, pero parecía que todo estaba perdido.

CAPÍTULO 11

—Algo anda mal, definitivamente algo anda mal —Morgan se frotaba las manos, impaciente y temeroso, al ver que su hermano menor y su amigo no llegaban.

La puerta se abrió lentamente y apareció Maggie.

—¿Dónde están Trevor y Josh? —les preguntó al ver que estaban ellos dos solos.

—¿No vienen contigo? —Morgan sonó en extremo alarmado, convenciéndose de que sus temores eran ciertos.

La muchacha les explicó que ellos iban a adelantarse, y que ella los alcanzaría ahí poco después.

—Se habrán demorado asegurando las puertas del gimnasio —opinó Dany.

—No lo creo —replicó Maggie. —Ellos salieron de mi casa hace ya un buen rato.

Dany se volvió hacia su hermano y ambos se miraron a los ojos por unos segundos; parecieron entenderse sin hablar.

—Iré a ver qué ocurre en el gimnasio —anunció, dirigiéndose a la puerta.

Su hermano lo tomó del brazo antes de que saliera.

—Dany, ten mucho cuidado.

El otro asintió y salió.

El silencio en el gimnasio era sumamente engañoso; quien no supiera lo que estaba ocurriendo jamás habría imaginado que ahí se celebraba un cónclave encaminado a acabar con el pueblo, y quizá con toda la humanidad. Dany se acercó despacio, tratando de hacer el menor ruido, y atisbó por la puerta: ahí estaban todos los adultos del pueblo y algunos jóvenes, entre ellos Tina, su amiga Mónica, y muchos de sus compañeros de clases. Echó otro vistazo, y se llevó una mano a la boca para contener un grito al ver que su pequeño hermano había sido capturado, al igual que Josh.

Al verlos flotando, inmóviles e impotentes, entendió de una vez la magnitud de todo aquello. Su hermano tenía razón.

«¡Rayos, rayos! Ahora, ¿qué haremos?» pensó, mientras se sentaba apoyado en la puerta.

Tenían que actuar ya, y él lo sabía. Era ahora o nunca. Ya se habían llevado a sus padres, habían atrapado a Tina, y ahora tenían a Trevor. Debían detenerlos a toda costa.

Se contuvo para no correr y delatarse con el rechinado de sus zapatos tenis sobre el brillante y resbaladizo suelo; solo cuando estaba a unos metros de la oficina del señor Gardiner aceleró el paso, y cuando Morgan y Maggie lo vieron llegar agitado supieron que ocurría algo grave.

—Tenemos que hacerlo ahora. Tienen a Trevor y a Josh.

Maggie lanzó una exclamación y Morgan palideció por un instante, pero trató de reponerse con rapidez. Con manos temblorosas comprobó que la cinta estuviera bien colocada, encendió el sistema de altavoces, y su dedo suspendido sobre el botón de reproducción pareció demorar una eternidad en llegar a su destino.

CAPÍTULO 12

—Esta misma noche tomaremos a los niños —anunció Randall en voz alta.

Josh y Trevor movieron sus ojos para mirarse uno al otro, aterrorizados.

—Los llevaremos a la nave nodriza y partiremos a Nellium. El consejo decidirá si continuamos con la invasión masiva de manera inmediata, pero ante el éxito de esta misión, parece que así será —continuó.

Todo aquello era tan extraño: casi todo el pueblo estaba ahí, como cuando tenían algo importante que discutir que incumbiera a todos, como el festival de otoño, la fiesta del día de la independencia, o como aquella vez en que los caminos a Greenfiel se vieron bloqueados por una terrible tormenta invernal, y estuvieron aislados durante casi una semana.

Las cosas eran muy diferentes ahora.

—¿Qué hacemos con estos? —preguntó Barrymore, refiriéndose a Trevor y a Josh.

—Llévenles de una vez a la nave.

Josh sintió un nudo en el estómago, como cuando su madre, en castigo por alguna travesura, lo enviaba a la cama sin cenar. Trevor tuvo deseos de gritar.

Brairwood hizo un movimiento con la mano y la invisible fuerza que los mantenía en el aire e inmóviles desapareció, haciéndolos caer estrepitosamente al suelo.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó Trevor, dirigiéndose a Randall, mientras se incorporaba un poco y se frotaba los golpeados codos.

—Llévenselos de aquí —ordenó el otro.

—¿Por qué hacen esto? —gritó el chico. —Se han llevado a nuestros padres, invaden nuestro pueblo. Merecemos una explicación. Al menos denos eso.

—Trevor... —Josh estaba asustado y al mismo tiempo sorprendido por el repentino acceso de valentía de su amigo.

—Por su planeta —dijo Randall.

—¿Por la Tierra? No entiendo —replicó Trevor.

—Llévenselos —ordenó de nuevo el líder de los invasores.

Barrymore y Brairwood los tomaron por los brazos, pero Trevor forcejeó.

—¡No! Al menos quiero saber por qué.

Turner lo miraba expectante, pero no decía nada. Trevor apenas lo miró.

—Su planeta es rico, pequeño, pero rico, y nos abastecerá muy bien de recursos durante algún tiempo.

—Así que es por eso —dijo Trevor, molesto y frustrado.

—Nuestro planeta también es rico, pero llevamos mucho tiempo valiéndonos de sus recursos. Nuestra población ha crecido mucho, también. Los mundos que invadimos nos proveen de lo que necesitamos y que Nellium ya no puede darnos, o de lo que está escaso.

—Y ahora va a decirnos que no es nada personal —Trevor se sentía extrañamente envalentonado ahora que podía hablar libremente con esos entes.

—Nada personal... nunca hemos comprendido el significado de esa frase. Ustedes son personas —replicó Randall.

—¡Exacto! Somos personas, y tenemos derechos. No pueden llevarnos así como así, en contra de nuestra voluntad, y apropiarse de nuestro mundo. ¿Qué van a hacer con nosotros?

—Ustedes serán llevados a un pequeño planeta para trabajar ahí y obtener lo que necesitamos.

«¡Oh, oh!». Aquello parecía incluso más grave de lo que había imaginado.

—¿Por qué no nos dejan aquí?

Si Randall hubiera sabido cómo, habría sonreído. Aquel chico era más inteligente de lo que hubiera querido reconocer. No podía revelarle que jamás dejaban a una especie en su mismo planeta, para evitar un amotinamiento. No creí que los humanos fueran capaces de rebelarse, pero ellos nunca corrían ese riesgo.

Hizo un ademán para que se llevaran a los chicos de una vez.

—¡No, suéltenos! Son unos malditos, déjenos –gritaban los dos chicos, forcejeando inútilmente mientras sus captores pretendían sacarlos de ahí.

—¿Saben? –se dirigió Randall a ellos, y Barrymore y Brairwood detuvieron el paso. –Hemos hecho esto durante muchísimo tiempo. Nos hemos encontrado con especies de todo tipo y de diferentes grados de inteligencia.

«A ustedes los hemos observado durante un largo periodo. Resultan muy interesantes. Su comportamiento, sus reacciones son muy interesantes. Impredicibles.

«Muchas veces, como lo hacen ustedes ahora, se nos ha calificado de... ¿cuál es el término que utilizan ustedes? Crueles, eso es. Pero solo lo hacemos por supervivencia.

—No me diga –le espetó Josh, alentado por el ejemplo de su amigo. — ¿Sabe qué queremos decir con que es personal? Que están destruyendo nuestras vidas, nuestra forma de vida, nuestras familias. Todo lo que conocemos, lo están destruyendo, ¡y pretenden convertirnos en sus esclavos! Eso es personal.

Randall comprendió, pero no lo dijo, su rostro permaneció serio e impasible.

—Como dije, es solo por supervivencia. Tal vez, en el futuro, comprendan por qué tenemos que hacerlo.

Clavó sus ojos terribles en Trevor. Su tono era tranquilo, muy civilizado. Al chico le hubiera gustado seguir conversando con él, conocer más sobre su raza. Aquello resultaba interesante al mismo tiempo que aterrador.

Sus captores emprendieron de nuevo el camino a la salida. El muchacho se sintió sobrecogido ante la certeza de que aquello era el final de la vida tal como la conocían, mientras eran llevados a su nuevo destino.

CAPÍTULO 13

—¿Quieres hacerlo de una vez por todas?! —gritó Maggie, al ver la indecisión de Morgan.

El chico la miró. ¿Y si no ocurría nada? ¿Su Turner les había mentado? Tal vez les había tendido una trampa.

—¡Hazlo de una vez! —lo urgió su hermano.

Con un movimiento rápido oprimió el botón, y por un instante tuvo la sensación de que estallaría una bomba atómica.

Los acordes de un requinto prodigioso invadieron la atmósfera con la violencia de una explosión. Casi al unísono, todos los reunidos en el gimnasio se llevaron las manos a los oídos, en un intento desesperado por evitar que ese sonido infernal entrara en sus cabezas. Pero eso parecía prácticamente imposible: el volumen era extremadamente alto y su sistema auditivo demasiado sensible para resistirlo.

—¡Hay que parar esto! —consiguió articular Randall en su mente, segundos después, pero nadie obedeció, el dolor era tan fuerte que casi les impedía pensar.

Algunos gruñían, desesperados, otros lanzaban alaridos, ofreciendo un bizarro espectáculo.

Ante la sorpresa de aquel ataque, Barrymore y Brairwood perdieron el control sobre Trevor y Josh, quienes se soltaron de sus garras. Al ver incapacitados a sus captores, se dirigieron corriendo a la puerta para ir con Dany y Morgan.

En un intento desesperado, Randall logró tomar por el brazo a Josh, y apretándolo, lo zarandó:

—¡Detengan este ruido espantoso! —ordenó a gritos, con una mueca de dolor.

Josh lo miró aterrorizado; por instantes lograba ver el rostro verdadero de ese ente, que de pronto lo soltó, lanzando un aullido estremecedor.

Tan pronto se vio libre, el chico corrió para alcanzar a Trevor, que había visto toda la escena a solo unos cuantos metros, y ambos salieron a toda prisa del gimnasio para dirigirse al cuarto del conserje, donde ya habían dejado

listas unas barras de acero con las cuales atrancar por fuera las puertas del gimnasio.

Nunca en su vida habían actuado tan rápido, y en muy poco tiempo ya habían cumplido con el objetivo de dejar encerrados a esos seres. Luego se encaminaron a la oficina del director.

Dany y Morgan se sintieron más felices que nunca al verlos llegar. Maggie suspiró, aliviada.

—Está funcionando —gritó Trevor, y se acercó a Morgan para que le cediera el lugar en los controles.

Bajó el volumen de la música solo por unos segundos, luego volvió a subirlo, y poco después volvió a bajarlo.

—Escúchenme bien —dijo a través del micrófono del director. —Los dejaremos ir si nos devuelven a todos los que se han llevado: a nuestros padres, a nuestros hermanos y hermanas, a nuestros profesores, a todos. Si no aceptan, haremos estallar sus cabezas —y volvió a llevar aquel ruido a niveles insoportables.

¡Wow! ¿Ese era Trevor? Sonaba tan seguro y valiente que Dany y Morgan se sintieron orgullosos de él. Maggie lo miró, sonrió y se sonrojó.

Morgan señaló que debían ir al gimnasio para obtener una respuesta.

—Yo lo haré —afirmó Dany, y con aire decidido tomó el megáfono del señor Gardiner y salió.

—Yo voy contigo —lo siguió Morgan.

Aquel era un espectáculo extraño: todos parecían sometidos a un dolor insoportable, gritaban, aullaban, se arrastraban por el suelo, mientras intentaban, sin éxito, proteger sus oídos de ese ruido abrumador.

La música cesó de pronto, y Dany aprovechó para hablarles por el megáfono:

—Detendremos el ruido si nos devuelven a todos. Los queremos de vuelta, *a todos*.

Medio repuesto gracias al repentino silencio, Randall corrió hacia la puerta e intentó abrirla furiosamente, pero un zumbido ensordecedor persistía en sus oídos, y se detuvo. Se limitó a mirar a los chicos a través del vidrio.

—Si creen que con ese ruido podrán detenernos están equivocados, no estamos solos, serán sometidos fácilmente.

—Pues a ellos los recibiremos igual —afirmó Morgan aparentando valor, aunque por dentro temblaba.

Miró hacia el pasillo y Maggie estaba ahí; entonces le hizo una señal para que indicara a Trevor que de nuevo reprodujera la música.

Todos empezaron a retorcerse de nuevo. Dany hizo una señal a Maggie para que Trevor subiera aún más el volumen, y los gritos y aullidos dentro del gimnasio hicieron lo propio.

—¿Qué haremos si llaman a la nave nodriza y llegan refuerzos? —preguntó Morgan a su hermano.

—No tengo la menor idea, pero espero que algo se nos ocurra.

CAPÍTULO 14

En los inmensos pasillos de la nave nodriza solo se escuchaba el leve y regular zumbido de los motores de fusión.

Una luz se encendió en el control principal y en la pantalla apareció Randall.

—Nos están atacando. Necesitamos refuerzos —logró decir con gran esfuerzo, intentando taparse los oídos con ambas manos.

El que parecía ser el jefe de aquellos seres horripilantes pensó que aquello no era posible; cómo, se preguntaba, podían esas criaturas insignificantes darle batalla a su raza, que había sometido a tantas otras desde tiempos remotos.

Se volvió a otro que estaba a su lado y con solo la mirada le comunicó sus intenciones:

—Reúne a 50 y resuelvan esta situación.

El lado de un cassette estaba a punto de terminarse; Trevor estaba un poco preocupado. Esos seres habían estado sometidos al ruido durante más de 15 minutos, y Turner y sus aliados estaban con ellos.

Los chicos no le habían informado sobre su plan de ataque porque, a pesar de todo, no querían ni podían confiar completamente en él. ¿Quién sabía si no les estaba tendiendo una trampa? Sin embargo, Trevor intuía que él conocía sus intenciones y que estaría prevenido, junto con los demás rebeldes.

Turner, en efecto, adivinó lo que querían hacer, y se preparó junto con los demás rebeldes para esperar el ataque de los muchachos, prevenidos con unos potentes protectores auriculares. Mientras la música sonaba a niveles enloquecedores, ellos fingían sentir tanto dolor como los demás, aunque no era tan difícil, pues el ruido lograba penetrar hasta sus nervios e incomodarlos bastante.

El ruido se detuvo nuevamente.

—Regrésennos a los nuestros y detendremos el ruido—anunció Morgan.

Algunos, debido a esa tortura sonora, empezaban a mostrar una secreción color marrón que salía por sus oídos; otros yacían inmóviles, al parecer inconscientes.

Al principio, los chicos habían dudado de que la técnica del ruido pudiera realmente hacerles daño y dejarlos fuera de combate, pero al parecer Turner les había dicho la verdad.

Morgan y Dany empezaron a acariciar la esperanza de que en verdad pudieran vencerlos, aunque temían la llegada de refuerzos.

—Debemos estar preparados —dijo Dany de pronto, y fue a ver a Trevor.

—En el almacén están las bocinas que usan en los bailes de graduación. Debemos sacarlas y conectarlas —indicó Trevor cuando su hermano le explicó sus temores.

Dany y Maggie fueron al almacén y sacaron, no sin gran esfuerzo, seis enormes bocinas que colocaron en los puntos designados por Trevor.

—Oigan, niños, ¿qué están haciendo con esas bocinas? ¿No deberían estar ya en la cama? —Dennis, el hermano mayor de Joshua y Maggie, los hizo saltar del susto mientras trataban de descifrar el complicado modo de conectar todas las bocinas al sistema de sonido de la escuela.

—Escucha, Dennis, —se adelantó la chica —tienes que ayudarnos a conectar estas bocinas, por favor. Es muy importante.

—Pero, ¿para qué? —cuestionó el joven, que no podía imaginar qué era lo que pretendían.

Maggie le explicó lo mejor y más resumidamente posible lo que estaba ocurriendo, no sin antes advertirle que debía creer en todo lo que le dijera.

—Puedes comprobarlo tú mismo, están todos encerrados en el gimnasio. Pero, primero tienes que ayudarnos a conectar todo esto.

Apenas si se preguntó que hacía su hermano ahí, si se suponía que estaba dormido en su casa. Ya lo averiguaría más tarde.

Dennis pensó que su hermanita había leído demasiados comics de los que le gustaban a Josh, pero decidió seguirles la corriente. Los dos chicos parecían muy convencidos de la historia, y él no tenía nada mejor que hacer.

—Y ¿tú qué haces aquí? —le preguntó por fin Maggie.

Dennis enrojeció, pues no se le había ocurrido qué decirle, así que se decidió por la verdad:

—Quedé con Linda de verla aquí... y a otros amigos —añadió rápidamente.

Su hermana sonrió, comprendiendo, y cuando terminaron de hacer las conexiones, ella y Dany lo llevaron al gimnasio para que viera por sí mismo a esos horribles invasores.

Dennis vio a los maestros, al comisario, el señor Metcalf, dueño del taller mecánico; a Sy, el dependiente de la farmacia; al doctor Turner; a Bobby Richardson y su esposa, dueños de la cafetería... a sus padres. Todos los adultos del pueblo estaban ahí, y también muchos adolescentes, la mayoría, de hecho. Algunos en el suelo, inmóviles, y otros, desesperados por el dolor.

Miró a su hermana, desconcertado y asustado por igual.

—Los invasores usurparon los cuerpos de todos, Dennis, y también quieren llevarnos a nosotros.

—Pero... esto no puede ser posible —balbuceó. —Tienen que parar la música, lo que dicen es ridículo.

La música se detuvo súbitamente.

—¿Y bien? —preguntó Morgan por el megáfono. —¿Ya tuvieron suficiente? ¡Queremos a los nuestros! —gritó, desesperado.

Randall se levantó como pudo, corrió hacia la puerta y estampó sus manos en ella, en un esfuerzo desesperado por detener aquello. Su rostro, a pesar de lucir como el del comisario, se había transfigurado. Rugía y gesticulaba, furioso, mientras intentaba abrir las puertas. De pronto se quedó quieto, posó su mirada en los ojos de Morgan y entendió: las puertas estaban atrancadas por fuera. Bajó la mirada y siguió en la misma actitud de concentración, mientras los chicos afuera atestiguaban cómo la barra de acero empezaba a moverse hacia un lado.

—¡Maggie, dile a Trevor que ponga la música de nuevo! —gritó Morgan.

La chica corrió hacia la oficina del señor Gardiner, y justo cuando llegó a la puerta, vio con horror cómo se acercaba por el pasillo un numeroso grupo de seres como los que habían descrito Trevor y Joshua. ¡Su aspecto era

espeluznante!

Dany, Morgan y Dennis los vieron llegar también, y el terror se apoderó de ellos. Una cosa era que Trevor y Josh dijeran que sus padres y los demás adultos eran unos impostores con rostros de lagarto, y otra muy diferente, verlo con sus propios ojos. No podían creerlo.

Josh, al ver la expresión de su hermana, salió a ver qué era lo que la tenía tan horrorizada. Palideció al verlos y pensó que ese era el fin. Sin embargo, se sobrepuso como pudo y se volvió hacia su amigo:

—Trevor, tenemos que hacer explotar esos altavoces, ¡ahora!

Era toda la señal que necesitaba. Activó el reproductor, y la escuela se llenó con la ensordecedora estridencia del heavy metal que tanto le gustaba a Tina.

CAPÍTULO 15

De modo que así era como los estaban atacando. Los recién llegados habían imaginado algunos recursos, más bien pobres, que los terrestres podrían estar empleando para contenerlos, pero no esperaban que los atacaran por su flanco más débil.

Aquel ruido era insoportable; sus manos no podían impedir que entrara en sus oídos y llegara hasta sus cerebros, provocándoles un dolor terrible.

Dany, Dennis y Morgan vieron, momentáneamente aliviados, cómo esos seres arrojaban al suelo lo que parecían ser armas, y se retorcían de dolor.

Trevor pensó que era el momento decisivo, y llevó el volumen a su máximo nivel. Los cristales vibraban, al igual que las paredes, emitiendo un zumbido sordo al compás de la música.

Los tres que estaban a las puertas del gimnasio corrieron, cerca de un minuto después, para avisarles que tanto los recién llegados como los que estaban encerrados en el gimnasio habían caído inconscientes.

Trevor, Josh y Maggie coincidieron en que, para no arriesgarse, lo mejor era dejar encendida la música, y se dirigieron al gimnasio.

Tras cerciorarse de que todos parecían haber perdido el conocimiento, retiraron la barra de metal que atrancaba la puerta y entraron, sigilosamente, temerosos. Observaron aquí y allá, parecía que las cabezas de todos habían estallado, porque la secreción marrón estaba en el piso, por todas partes.

Se acercaron a Randall y buscaron entre sus ropas algún dispositivo de comunicación. Encontraron, en el bolsillo de su camisa, una esfera pequeña, parecida a un micrófono. Trevor la tomó y la revisó. Tenía un diminuto botón azul luminoso y lo oprimió. Se escuchó solo un zumbido.

—Adelante, nave nodriza —articuló con voz temblorosa.

—¿Quién eres? —se escuchó a través de la esfera una voz cavernosa y con un extraño acento. —¿Qué es ese ruido infernal?

—Ese ruido infernal es con el que derrotamos a sus compañeros, y con el que los venceremos a ustedes también si no nos entregan a los humanos que se llevaron —intervino Josh, envalentonado de pronto.

Trevor dirigió la esfera hacia el altavoz.

—¿Escuchan eso, sabandijas? Queremos a los humanos, o también los destruiremos a ustedes –repitió Josh.

—¿Creen que los devuelvan? –preguntó Maggie. —¿Y si se los llevan a su planeta, solo por vengarse de nosotros? ¿Y si los mataron? –agregó, completamente alterada.

Ninguno respondió; no querían pensar en esas posibilidades. Trevor siempre había pensado que sus padres aún estaban vivos.

Ya no obtuvieron respuesta de la nave nodriza, a pesar de que hicieron varios intentos por comunicarse nuevamente.

—¿Creen que se hayan ido? –aventuró Josh.

Intentaron comunicarse de nuevo, sin respuesta. Transcurrieron los minutos lentamente. Salieron del gimnasio y fueron a la oficina del señor Gardiner. Empezaban a temer lo peor, y la tensión a que habían estado sometidos empezó a hacer mella en su ánimo. Maggie estaba pálida y al borde del llanto; Dennis ni siquiera podía hablar, y los otros cuatro chicos preferían guardar silencio, porque todo lo que pasaba por sus mentes eran negros augurios.

Escucharon de pronto el característico ruido que hacían las puertas metálicas de la entrada al abrirse o cerrarse. Dennis se asomó hacia el pasillo tratando de no ser visto.

—Ahí viene otro de ellos –anunció con un hilo de voz.

Trevor encendió el reproductor, pero al asomarse nuevamente pudieron comprobar que a aquel espécimen la música no le hacía el mismo efecto que a los demás.

—¡Lleva puesto un casco! –gritó Dennis.

—Debe aislar el ruido –opinó Josh.

El ente se detuvo a observar detenidamente a los caídos en el pasillo; llegó a la puerta del gimnasio y demoró unos segundos en ver el terrible espectáculo; luego se volvió hacia ellos y emprendió de nuevo el camino. Se acercaba rápidamente y con seguridad.

Ellos podían ver su horrible rostro a través de la esfera transparente que llevaba por casco y que, a todas luces, lo protegía del ruido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Josh, asustado al extremo.

Dennis miró alrededor y vio una de las barras de metal que los chicos habían sacado del cuarto del conserje para asegurar las puertas del gimnasio.

—Tendremos que atacarlo de frente —afirmó, tomando la barra. — Intentaré romper el casco.

—¡Dennis, no! —Maggie lo tomó por el brazo, tratando de detenerlo.

—¡No tenemos otra opción! —y se soltó del agarre de su hermana, decidido a enfrentar a ese ser.

—Pueden controlarnos con la mente —intervino Trevor, que estaba pálido como una hoja de papel. —Tendremos que esperar hasta que esté aquí para atacarlo. Si te ve venir, estará prevenido.

Dennis asintió, y colocándose a un costado de la puerta para que el extraterrestre no lo viera, esperó.

La criatura se plantó frente a la puerta y todos pudieron verlo con claridad. Se quedaron inmóviles, pálidos, con la boca abierta por el terror que se había apoderado de ellos.

Dennis trataba de mantener a raya sus nervios mientras esperaba; las manos le temblaban, y asió con fuerza la barra.

—Ya no darán más problemas —dijo esa cosa, con ese acento extraño que habían escuchado a través de la esfera de comunicación.

El ente dio un paso al frente, los chicos retrocedieron, espantados, y Dennis lo golpeó con todas sus fuerzas. Él hubiera pensado que con ese impacto debía someterlo, pero el ser solo cabeceó al costado, y luego se volvió hacia él. Acicateado por el miedo, Dennis intentó asestarle otro golpe, pero el extraterrestre, con un rápido movimiento, levantó una mano y lo paralizó.

Al ver que Dennis no podía atacarlo, los chicos se abalanzaron hacia el ente y lo empujaron fuera de la oficina, cayendo todos estrepitosamente sobre el piso del pasillo.

Fuera del control del alienígena, Dennis se repuso, tomó con más fuerza la barra, y antes de que aquel pudiera reponerse del repentino ataque de los niños, le asestó tres fuertes golpes sobre el casco, hasta que finalmente cedió y se partió en añicos.

Todo aquello se desarrollaba en medio de la estridencia musical, poniendo a los chicos aún más frenéticos.

Cuando el casco protector finalmente se rompió, esperaron un segundo, y el invasor empezó a mover la cabeza de un lado a otro, se llevó las manos a los oídos y empezó a rugir.

—¡Deténganlo, paren ese ruido! —gritó con su extraña voz.

Siguieron con la tortura hasta que lo vieron rendido. Por sus oídos y nariz salía la conocida sustancia marrón, que los chicos asumieron era sangre.

—Devuélvannos a los humanos —ordenó Dennis fuera de sí, aún con la barra en las manos.

El ser volvió débilmente la cabeza hacia él para mirarlo. A la tortura física se sumaban la impotencia y la incredulidad: no podía concebir que los humanos, seres inferiores e insignificantes, larvas, en la escala temporal del universo, los hubieran vencido.

Sacó una esfera como la que los chicos habían tomado del traje de Randall, y empezó a emitir unos extraños sonidos, ininteligibles para los muchachos.

—Todos estarán aquí en un instante —dijo después, con voz débil.

No podían estar más tensos. A pesar de la aparente debilidad del extraterrestre, decidieron que lo mejor era llevarlo al gimnasio y continuar con el ruido, aunque a un nivel que, consideraron, no acabaría con él. Aún lo necesitaban vivo para que les sirviera como intermediario si algo salía mal.

Desde el pasillo, los muchachos vieron un destello casi blanco a la entrada de la escuela, que duró tan solo un segundo, y luego, nuevamente oscuridad.

Corrieron a ver qué era lo que había sucedido. Las puertas de la escuela se abrieron hacia afuera estrepitosamente y salieron.

Ahí estaban todos: Randall, el comisario; el alguacil Brairwood, la señorita Barrymore, la señora Luweski, el doctor Turner, Sy, los señores Richardson, Fran y Tom Fender, Clark, Robert, Mona, Tina, y tantos otros...

Los muchachos corrieron hacia sus padres y los abrazaron como si no los hubieran visto en años. Los recién llegados parecían aturdidos, no entendían nada de lo que estaba ocurriendo, no recordaban siquiera cómo

habían llegado ahí.

—Trevor, ¿quieres decirnos qué es lo que está pasando? ¿Cómo llegamos aquí? —le preguntó su padre, tomándole el rostro con ambas manos.

—Te lo explicaré un poco más tarde, papá —le respondió el muchacho, desbordante de felicidad.

Cuando aminoró la explosión de alegría, pudieron ver en la profunda oscuridad de la noche la silueta de una nave que se había posado sobre la escuela y que, silenciosamente, había atraído hacia ella todos los cuerpos de los extraterrestres, incluido el del líder.

Tan pronto desapareció la nave con un parpadeo, Trevor y compañía pidieron a los adultos que esperaran afuera.

—Tenemos algo que hacer —dijo.

La escuela estaba iluminada y lucía como si no hubiera ocurrido nada extraño, pero la música aún se escuchaba fuertemente en los altavoces. Fueron a la oficina del señor Gardiner y apagaron el sistema de sonido. Sonrieron aliviados cuando el ruido cesó.

Los adultos y los jóvenes raptados no pudieron contenerse y entraron. Encontraron a los chicos en el gimnasio, donde habían quedado los rastros de la sustancia marrón.

—¿Qué fue lo que ocurrió aquí? —Randall expresó el desconcierto de todos.

Trevor, sus hermanos y sus amigos les explicaron lo que había pasado de la mejor manera que pudieron.

Por supuesto que al principio se mostraron incrédulos, y los muchachos supusieron que los extraterrestres los habían mantenido inconscientes, por lo que no se habían dado cuenta de nada. Sin embargo, se convencieron cuando les dijeron la fecha actual. Lo último que recordaba cada uno era lo que estaba haciendo poco antes de ser tomado por los extraterrestres y luego, nada.

A pesar de la agitación, del miedo, del escepticismo y de todo lo que habían pasado, no podían ir a sus casas. Debían tener muy claro lo que había sucedido.

—No puedo creer que los hayan vencido solo con música —señaló Robert.

—El ruido los vuelve locos –indicó Tina, que sabía bien de lo que hablaba.

—¿Y si regresan? –la señorita Barrymore impuso el silencio, expresando lo que muchos temían, especialmente quienes los habían visto de frente.

CAPÍTULO 16

Casi despuntaba el alba cuando decidieron marcharse a sus respectivos hogares. Los chicos estaban exhaustos, pero no sabían si podrían dormir. Estaban cansados, pero felices, y la excitación los mantenía alerta.

Todavía estuvieron un buen rato fuera de la casa de Josh hablando de todo lo que había ocurrido. Trevor parecía haber vuelto a ser el mismo de antes, extrovertido y bromista, y Maggie lo miraba con ojos brillantes y con una sonrisa boba, mientras Joshua le daba cariñosos empujones y le recordaba lo valiente que había sido.

—De no haber sido por ti no habríamos podido vencerlos –le dijo, ya más calmado.

—No habría podido lograrlo sin todos ustedes, chicos –reconoció Trevor.

Todos sonrieron, pero estaban extenuados y necesitaban descansar. Por la mañana continuarían hablando de esa increíble aventura.

Había algo que Trevor no terminaba de comprender: el por qué Turner, o el alienígena que lo suplantó, se dispuso a ayudarlos, por qué les dio la pista que los ayudó a derrotar a los invasores. ¿Sería una especie de venganza, el sabotearlos, al menos por una vez? ¿Un secreto y repentino acto de rebeldía? ¿Acaso él y los demás como él, eran diferentes, eran mejores?

Le habría gustado poder hablarlo directamente con aquella criatura que los había salvado, quizá de manera desinteresada. Pero se había ido, y por mucha que fuera su curiosidad, esperaba no tener que volver a verlo.

La mayoría se levantó muy tarde por la mañana. Trevor, Dany, Morgan y Tina reían como tontos por cualquier cosa, mientras su madre les servía el desayuno y su padre trataba de tomar su café, mientras pensaba en todos los acontecimientos relatados por los chicos. Si no fuera por la enorme laguna en su memoria, jamás los hubiera creído.

A sugerencia de los chicos, Randall había ordenado que se tomaran muestras de la sustancia marrón secretada por los invasores para que el señor Lambert, el profesor de química, la estudiara en el laboratorio.

Después de largas deliberaciones, también acordaron que sería conveniente enviar una comitiva al departamento de Defensa, con una muestra de la misma sustancia, y un informe detallado de lo que había ocurrido, en caso de que les fuera requerido.

No tenían fotografías ni tampoco alguna otra evidencia gráfica o física, pero los convencerían de que todo era real. Tendrían que hacerlo, aunque los tacharan de locos, aunque tuvieran que derribar puertas, rejas y muros.

Si los extraterrestres consideraban regresar, debían estar preparados.

—Trevor. ¡Trevor! Se te hará tarde de nuevo para la escuela —a lo lejos pudo escuchar la voz de Morgan, molesto por perder su tiempo apresurando a su hermano menor.

El chico abrió los ojos, sobresaltado. Estaba en su habitación, sudaba y su corazón latía agitadamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Morgan al ver su desconcierto.

No respondió, ni siquiera lo miró. Todo había sido un sueño, una pesadilla larga e intrincada. ¿De verdad había sido solo un sueño? Todo le pareció tan real... En su mente repasó los detalles que logró retener.

Sí, todo fue producto de su imaginación. Suspiró, aliviado. Tendría que contarle a Joshua. Se moriría de la risa cuando le detallara su pesadilla. Su

amigo solía decir que padecía de un exceso de creatividad. Ahora tendría la prueba.

Se quitó la ropa y se vistió en tiempo récord. Bajó corriendo las escaleras. Sus hermanos iban a la mitad del desayuno. Tendría que apresurarse.

Un plato con cereal y leche lo estaba esperando. Su mamá era la mejor.

—Buenos días –saludó apresuradamente.

—Se te hizo tarde, hijo –fue el saludo de su madre. –Hoy te acostarás temprano, ¿de acuerdo?

—Claro, mamá –asintió feliz.

Iba a tomar la primera cucharada de cereal, cuando su mano quedó suspendida a mitad de camino. Sus ojos se clavaron en el rostro de su madre, que estaba de pie junto al lavaplatos. La luz del sol matutino entraba radiante por la ventana e iluminaba la figura de Mona.

Tina lo miró.

—Oye, ¿vas a desayunar o qué? Se nos hará tarde por tu culpa.

Trevor la vio por un instante, y luego volvió la mirada al punto original. Bajo el rostro de su madre pudo distinguir una silueta parduzca, y unos ojos grandes, verdes, que le helaron la sangre.

Giró para ver a su padre, y descubrió con terror que, tras su apariencia normal, podía distinguir aquella piel escamosa y esos rasgos extraños y horribles.

Sintió un nudo en la garganta y unas ganas horribles de llorar. Sus hermanos estaban muy concentrados tomando sus respectivos desayunos, ajenos a su terror, ignorantes de lo que ocurría a su alrededor, mientras Robert fingía beber su café, y Mona observaba a sus hijos, inmóvil.

Hubiera querido gritar, pero se vio forzado a guardar silencio. Se dio cuenta, con infinito horror, de que su pesadilla apenas estaba iniciando.